

?

Jueves 1 de Marzo de 2012 | DIARIO DE SEVILLA

## CULTURA Y OCIO

### DE LIBROS

● En 'Cineasta blanco, Corazón negro' (Ultramarina), Jesús Lens propone un atractivo recorrido por el continente africano a través de las numerosas películas que se han ambientado en él



1



2

1. 'Hatari!', dirigida por Howard Hawks y protagonizada por John Wayne. 2. Clark Gable y Ava Gardner, en 'Mogambo', uno de los trabajos menos inspirados de John Ford. 3. Humphrey Bogart y Katharine Hepburn, en 'La reina de África'.

# El fulgor de África

#### CINEASTA BLANCO, CORAZÓN NEGRO

Jesús Lens. Ultramarina (Almed), Granada, 2013. 576 págs. 19 euros

José Abad

Antes de regresar al corazón de las tinieblas con el recuerdo, Marlow confiesa a sus oyentes que de joven había sentido una irrefrenable fascinación por los mapas: "Podía pasar horas enteras reclinado sobre Sudamérica, África o Australia, y perderme en los proyectos gloriosos de la exploración -leemos en Joseph Conrad-. En aquella época había en la tierra muchos espacios en blanco, y cuando veía uno en un mapa que me resultaba especialmente atractivo (aunque todos lo eran), solía poner un dedo encima y decir: *Cuando crezca iré aquí*"... Para el cinéfilo, el séptimo arte ha sido, al igual que los atlas de antaño, una ventana permanentemente abierta a otras geografías que, al acabar la película y encenderse las luces, nos ha hecho entonar una cantinela menos resuelta: *Antes de morir, me gustaría ir allí*... En espera de que alguno de estos sueños se digna a hacerse realidad, el propio cine ha saciado el gusanillo viajero: yo me he adentrado en los bosques más recónditos de Japón a la zaga de Akira Kurosawa, he hollado las arenas eternas de Monument Valley junto a John Ford y estuve en la Roma de Federico Fellini mucho antes de conocer la Roma de verdad. Y he recorrido África



3

de Norte a Sur gracias a mil y una ficciones, que es precisamente el plan propuesto por Jesús Lens en *Cineasta blanco, Corazón negro. Aventuras y desventuras cinematográficas del continente africano* (Ultramarina).

África fue la tierra de la aventura en nuestra niñez. África era la tierra de Tazán de los monos, las minas del rey Salomón, las nieves del Kilimanjaro y los amaneceres zulúes. Una vez más, la culpa debe echársele a Hollywood que alimentó (y alimenta todavía) una imagen decimonónica del continente africano, una estampa de romanticismo fotogénico y exotismo patinado, de la que tenemos un

buen ejemplo en títulos melifluros como *Memorias de África*, por la cual Lens muestra un arrobo que no comparto (una discrepancia que a buen seguro daría para un par de horas de discusión al calor de un café). Me resulta más fácil estar de acuerdo con sus entusiastas acercamientos a clásicos firmados por John Huston (*La reina de África*), Howard Hawks (*Hatari!*) o incluso John Ford (a pesar de que, en efecto, *Mogambo* se encuentra entre los títulos menos distinguidos

del Maestro). Estos cineastas convirtieron el rodaje en tierras africanas en una experiencia vibrante; a veces, tentando a la suerte. Del anecdotario de *Cineasta blanco, Corazón negro* entresaco estos ejemplos: todos los miembros del equipo de *La reina de África* cayeron enfermos en algún momento del rodaje. Por su parte, Hawks perdió varias cámaras mientras filmaba las secuencias de la caza del rinoceronte en *Hatari!*, una palabra *swahili* que significa "peligro". Y durante el rodaje de *Mogambo* -que significa "pasión" en esta lengua-, un accidente con un *jeep* le costó al vida a tres personas...

La África de romances bajo tiendas de campaña que usan como reclamo las agencias turísticas nada tiene que ver con la de verdad, forzosamente más compleja, subyugante o hiriente, según los casos. Considero un acierto que Jesús Lens inicie su recorrido por la (para muchos) puerta de atrás de Europa, el estrecho de Gibraltar, recorriendo esos catorce kilómetros que separan las costas españolas de las norteafricanas, una distancia ridícula donde se han dejado la vida miles de personas -nunca sabremos con exactitud cuántas- en el legítimo empeño de buscarse un porvenir. La historia de África es la de una larga retahíla de iniquidades; en la película *Diamantes de sangre*, un personaje la resume ejemplarmente: "Cuando se encuentra algo de valor [en este continente], los africanos sufren y mueren en masa. Esto ha sucedido en el marfil, el caucho, el oro y el petróleo. Y ahora sucede con los diamantes. Con esas piedras se compran armas y se financian guerras civiles"... Occidente jamás pagará la deuda histórica contraída con una tierra que ha esquilado a voluntad desde hace siglos para, acto seguido, ignorarla de un modo que provoca desazón y vergüenza ajena. Esta otra África ha inspirado películas menos vistosas, pero necesarias; entre ellas, Lens señala títulos apreciables como *El jardinero fiel* o *Disparando a perros*...

Lo ideal sería que los propios africanos contaran estas historias, pues son sus historias, pero no lo han hecho. No pueden hacerlo. No hemos permitido que tengan una industria cinematográfica propia.

● Cátedra publica 'La tragedia de Wilson Cabezahueca', una obra de humor irreprochable que desmonta los argumentos del esclavismo norteamericano

## Twain y el determinismo

### LA TRAGEDIA DE WILSON CABEZAHUECA

Mark Twain. Trad. Sergio Saiz. Ed. Carme Manuel. Cátedra. Madrid, 2013. 328 páginas. 15,30 euros

#### Manuel Gregorio González

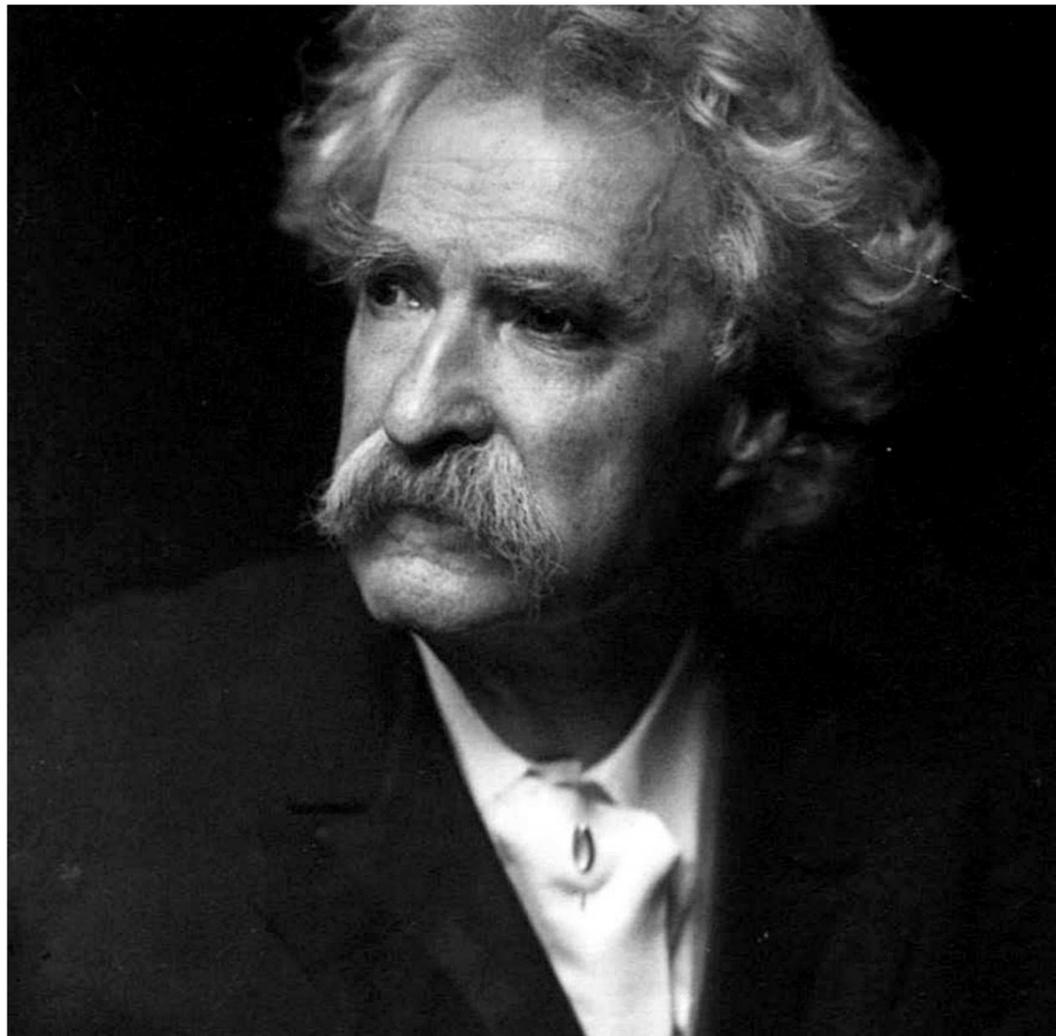
Dos libros de Twain coinciden en la mesa de novedades: *El elefante blanco robado y otros cuentos*, editado por Barataria, y *La tragedia de Wilson Cabezahueca*, que publica Cátedra en sus Letras Universales. El primero es una breve y estupenda colección de relatos que hacen burla de un género a la moda en la segunda mitad del XIX: la novela de detectives. El segundo es una tragicomedia, de cierta ambición moral, donde se refutan

los argumentos del esclavismo norteamericano. Ambas obras son piezas de un humor irreprochable y descolante; si bien nos centraremos en esta última, *La tragedia de*



*Wilson Cabezahueca*, por la naturaleza de los temas que concita; temas de evidente modernidad y de los que haría abundante uso la literatura fantástica y policial.

Un primer asunto es la suplantación de la personalidad, aplicado aquí a dos niños (un blanco y un negro), cuyo aspecto, sin embargo, es claramente europeo e intercambiable, por tanto, con cualquier descendiente del linaje intocado del *Old Dominion*. Sobre esta figura del negro con aspecto de blanco se han escrito varias novelas estupendas. Por ejemplo: *Escupiré sobre vuestras tumbas*,



Mark Twain (Florida, Misuri, 30 de noviembre de 1835 – Redding, Connecticut, 21 de abril de 1910).

de Boris Vian, *El diablo vestido de azul*, de Walter Mosley o *La mancha humana* de Philip Roth. No obstante, parece claro que Twain es quien prefigura dicho género, y quien utiliza este enredo del blanco/negro, para demostrar que la diferencia entre el esclavo y el amo es resultado de la educación, del diverso tra-

to, y no de una improbable superioridad de la raza anglo-sajona. Esto, escrito en 1893 (Twain firma la novela en las cercanías de Florencia; y quien haya leído su *Guía para viajeros inocentes* sabrá que tampoco amó al Viejo Continente), no deja de ser una anomalía. En mayor modo, porque es la hora

en que la Nuova Scuola de Lombroso y la frenología de Gall pretendían explicar la criminalidad, o el simple comportamiento humano, a través de la fisiología, los rasgos y las prominencias y bulbosidades cerebrales. Twain, por contra, apoyado en las tesis de Galton (primo de Darwin), se limita a mos-

trar, a través de un divertido enredo, que dicha distinción descansa en un prejuicio –enormemente útil y fructífero–, que convirtió al hombre negro en un animal dotado de habla, apropiado para la servidumbre y el trabajo físico.

Un segundo aspecto de esta novela es el que Twain dedica a la misteriosa conexión que se establece entre los gemelos (el propio Twain lo fue), y que remite, como el caso anterior, al problema del otro, de la individualidad y de la personalidad del individuo; asunto éste que ocupará, no sólo el arte del XIX, pero también el nacimiento del psicoanálisis, cuando el siglo caiga sobre sus bisagras. Son innumerables las obras que tomaron como tema la cuestión del doble, desde Hoffmann y Stevenson, hasta Fusseli y Borges; y son incontables, de igual modo, las interpretaciones que se han dado a esta fascinación romántica, donde la intimidación humana se diluye en una fantasmagoría que parece contravenir, entre el sueño y la neurosis, la propia convención del yo, como personalidad cerrada y homogénea.

¿Y cuál era el tercer tema que aquí se toma o se reanuda inesperadamente? Dicho tema no es otro que la utilidad de las huellas dactilares. Wilson Cabezahueca, orillado prohombre de Dawson's Landing, pequeña ciudad de Missouri, será quien utilice este hallazgo científico para resolver la compleja trama que aquí se nos presenta. No olvidemos que los crímenes del Destripador, ocurridos cinco años antes de que se firmara *La tragedia de Wilson Cabezahueca*, no tuvieron en cuenta esta novedad, que pudiera haber resuelto, quizá con facilidad, aquel pavoroso misterio. El fondo de esta novela, en cualquier caso, no es la brillante resolución de un crimen. El crimen que aquí se evidencia es la esclavitud y su insostenible vigencia; el resto son las rugosidades y excrecencias, la fina superficie, el acaso literario, de una verdad ominosa.

## Ideas y prejuicios

### LOS MITOS DE NUESTRO TIEMPO

Umberto Galimberti. Trad. María Pons. Debate. Barcelona, 2013. 480 páginas. 24,90 euros

#### M. G. González

Una distinción previa al abordar este libro de Galimberti. Según Grimal, en su *Diccionario de mitología griega y romana*, el mito puede definirse como una narración destinada a explicar “una ley orgánica de la naturaleza de las

cosas”. Perspectiva similar encontramos en Jung, Campbell y Mircea Eliade; lo cual significa que el mito personifica, de algún modo, un invariante humano y no un fenómeno adventicio. Galimberti, sin embargo, en sus palabras introductorias, define el mito como una idea tan arraigada en nosotros que “no admite crítica ni objeción alguna”. Pero a esto, en rigor, sólo podemos llamarlo prejuicio. Y es sobre los prejuicios de la modernidad, de los

conceptos que sustentan nuestra actual concepción del mundo, sobre lo que se trata esta obra divulgativa de Galimberti.

Durante siglos, el hombre vivió con la certeza de la planicie terráquea. Y no es hasta Colón y la travesía del globo, hasta Copérnico, Galileo y Johannes Kepler, cuando la

civilización desecha este sólido prejuicio, en favor de otras teorías mejor fundamentadas. Según Galimberti, los prejuicios que acucian al mundo actual son muchos y de diversa índole: de todos ellos, quizá los más evidentes sean “el mito de la técnica” y su apéndice “el mito de las nuevas tecnologías”. También los mitos del mercado, de la seguridad, de la felicidad, la juventud, la psicoterapia o el mito de la moda. Algunos de ellos tienen

su origen en la Ilustración, como el de la felicidad que Madame du Châtelet postulaba en su célebre discurso; otros, como el de la juventud o la locura, son claramente románticos. El mito del crecimiento –del progreso, según Bury–, podemos retrotraerlo al siglo XVI. Hay una mayoría, no obstante, que nace con la industrialización del XX. Y en concreto sobre la segunda mitad, que ha propiciado eso que Bauman definió, en expresión amorfa, como una “vida líquida”. La imagen especular de esa vida es la Galimberti nos ofrece aquí, en este vademécum, a modo de sobria y melancólica terapia.

